SATIRA POLITICA A TRAVES DE LA HISTORIA MITIFICADA: *EL SECUESTRO* *DEL GENERAL*, DE DEMETRIO AGUILERA MALTA

POR

C. MICHAEL WAAG

Murray State University

La característica sobresaliente de la novela ecuatoriana reside en su relación estrecha con la historia política de la República. La tradición tiene sus raíces en la ficción del realismo social de la década de los treinta y continúa en el presente con formas nuevas, más artísticas y a veces inauditas. *El secuestro del general* (1973), de Demetrio Aguilera Malta (1909-1978), toma como punto de partida un suceso histórico ocurrido en 1970. El blanco de la sátira contenida en la novela es la última administración de José María Velasco Ibarra, político populista que fue cinco veces presidente de la República, a través de una carrera política que abarcó cincuenta años. Las dos claves de su éxito fueron una falta de programa o identidad ideológica que le permitió acomodarse a los deseos de las fuerzas políticas dominantes del momento y una habilidad retórica de fama legendaria, con la cual era capaz de hipnotizar al público votante en rumbo a las urnas. Siempre se recordará al político ecuatoriano por su jactancia: «Dadme un balcón, y el pueblo será mío»¹.

¹ Se han citado muchas variaciones de la frase en múltiples lugares, y no cabe duda que fue pronunciada de varias maneras diferentes por el autor mismo de la frase. Aquí tenemos la primera ocasión relatada por José María Velasco Ibarra pocos años antes de su muerte, en 1979, en una entrevista dada a Pablo Cuvi: «Yo estaba en algún lugar en Colombia y me escribieron: 'Por desgracia —me dijo un señor amigo mío de Ambato—, el velasquismo aquí es una fuerza, si usted viene aquí triunfa, pero no hay plata, no tenemos nada, nadie quiere dar nada, la gente...' '¡Bueno —le dije, pues, yo—, pero me dará usted un balcón! ¡Si usted me da un balcón, yo triunfo!' Esa es una carta que escribí a un amigo. Y eso se divulgó, el amigo contó esta cuestión y eso ha recorrido toda la América.» Pablo Cuvi, *Velasco Ibarra: El último caudillo de la oligarquía* (Quito: Instituto de Investigaciones Económicas, 1977), p. 211. Velasco Ibarra ha sido el enfoque de varios estudios históricos, políticos y sociales. Véase especialmente Rafael Quintero, *El mito del popu-*

Se le dio el balcón en 1968, y Velasco Ibarra cumplió con su jactancia por quinta vez. Para 1970, sin embargo, se vio acometido de una grave crisis fiscal y de la oposición de varios sectores públicos, inclusive la comunidad académica, y, en general, se encontró atrapado entre las presiones de las masas y las de la oligarquía. Pidió el apoyo de las fuerzas armadas, y con él vino una represión que se extendió hasta la destrucción de la prensa de la Universidad Central. Con el paso del tiempo, su gobierno se hizo más y más dependiente de los militares, quienes se conocían entonces y ahora por el apodo popular de «gorilas». Con el respaldo de ellos, Velasco Ibarra se declaró dictador, clausuró el Congreso y suspendió la recién promulgada Constitución de 1967. «He resuelto asumir la plenitud de poderes para regularizar la vida del Estado y cumplir vuestro mandato de poner bases de justicia social y vigor nacional»², declaró el septuagenario, cuya fisonomía esquelética y dedo índice alzado en ademán retórico constituían dos elementos de una imagen inextricablemente asociada con la política ecuatoriana de este siglo.

Cuatro meses después, el 28 de octubre, en vísperas de las celebraciones en honor de la fundación de la Fuerza Aérea Ecuatoriana, ocurrió un incidente misterioso: un general fue secuestrado, supuestamente por guerrilleros de la izquierda política³. Aunque el ejecutivo ya había asumido todos los «poderes extraordinarios», el gobierno actuó como si estuviera bajo sitio. Tropas y pesquisas se metieron en todo recoveco de la ciudad capital deteniendo a ciudadanos y revisando residencias, especialmente las de la oposición política. Con igual misterio, el general desaparecido reapareció varias semanas después⁴. Jamás se explicó el acontecimiento adecuadamente al público. A través de meses, la gente avanzaba versiones especulativas de lo que «verdaderamente» pasó, versiones que en nada correspondían a las explicaciones oficiales. La mitificación popular de este incidente inaudito durante un momento de lucha política y dictadura fue la inspiración de *El secuestro del general*, la segunda de cuatro novelas escritas por Demetrio Aguilera Malta durante los años setenta, la última década de su vida.

lismo: Análisis de los fundamentos del Estado ecuatoriano moderno (Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1980).

² «El régimen que yo presido es un régimen de libertades»: Velasco», *La Calle*, núm. 549 (julio 1970), p. 21. La cita es el título del artículo.

³ «Air Force Chief's Kidnaping», *Facts on File*, 30, no. 566 (Oct. 29-Nov. 4, 1970), pp. 793-794. Para complicar el misterio, tres grupos se declararon los responsables, pero las versiones oficiales no reconocieron su participación.

⁴ El general fue suspendido porque no pudo explicar su ausencia: «[he] failed to give a satisfactory explanation of the kidnaping». Véase «Air Force Chief Ousted», *Facts on File*, 30, no. 1567 (Nov. 5-11, 1970), p. 823.

La obra es una sátira que se vale de la caricatura grotesca y de la hiperbole llevada a lo absurdo para alcanzar una denuncia humorística, pero a la vez agria, de la opresión. No es, sin embargo, una novela política en el sentido tradicional de la palabra, porque trasciende la historia, que toma como punto de partida, y desenvuelve un relato en el momento eterno y en el lugar remoto del mito. Holofernes Verbofilia es el dictador que manda en la República de Babelandia desde su palacio en la ciudad capital, que lleva el mismo nombre. No es precisamente un hombre de carne y hueso, sino una especie de robot, «Esqueleto-disfrazado-de-hombre»⁵, repleto con una apertura en el tórax para la acomodación de cintas magnéticas de discursos sobre todo asunto político desde todos los puntos de vista posibles. Aquí se notan los personajes caricaturizados con nombres insinuantes, que coinciden con el estilo jocosos de la obra. Cuando el servil y congraciador secretario privado, Baco Alfombra, informa al dictador, el Oseo, de una noticia urgente:

Entró Baco Alfombra. Se acostó boca abajo. Estiró la lengua. La pasó por el empuje de las extremidades inferiores de su jefe.

—¡Yérquete!

Se levantó. Enroscó su lengua de plantígrado hormiguero. El Oseo agitó, otra vez, los maxilares.

—¿Alguna novedad?

Mugió triste:

—Sí, excelencia.

—Dímela.

—Es terrible.

Le enfrentó el índice autoritario.

—¡*Ipsa facto!*

La voz se le hizo hilachas:

—Han secuestrado a un General (pp. 8-9).

Después de intentar el reemplazo del oficial secuestrado con un general de los muchos que guarda en un ropero, igual que trajes, el dictador se da cuenta de que no se trata de cualquier general, sino del respaldo

⁵ Velasco Ibarra figura como personaje en varias novelas ecuatorianas, comenzando con *Los poderes omnímodos* (1964), de Alfredo Pareja Diezcanseco, seguido por dos más, *Las pequeñas estaturas* (1970) y *La Manticora* (1974), del mismo autor. Más notable es el Velasco Ibarra ficticio (Manuel María González Tejada) que figura en *El pueblo soy yo* (1976), de Pedro Jorge Vera. Para todas las versiones, vale la pena tomar en cuenta dos características del verdadero Velasco Ibarra que siempre entran en las caricaturas: una flaqueza aproximativa a la demacración que le dio una apariencia casi esquelética y el gesto habitual de levantar en alto el dedo índice mientras pronunciaba un discurso.

principal del régimen, el General Jonás Pitecántropo. Pite, como le nombra con afecto el dictador, acababa de atacar y destruir la imprenta de la universidad y estaba celebrando su hazaña en el prostíbulo de las Odaliscas cuando fue distraído por una banana estratégicamente colocada a su vista. La banana es una tentación que el «gorila» Pitecántropo no puede resistir, y por eso resulta el cebo ideal para capturarlo.

Aguilera Malta dirige la sátira hacia varias figuras e instituciones de la estructura política ecuatoriana, inclusive los militares, el Congreso y el conservadurismo de la Iglesia católica. De Velasco Ibarra siempre se decía que la corrupción que acompañaba sus gobiernos no se debía a él directamente, sino a la gente que lo rodeaba. Una reunión de emergencia, para enfrentar la crisis, provee el vehículo para satirizar motivos oportunistas de los ayudantes políticos y militares. El Ministro de Defensa, Equino Cascabel, se convierte a menudo en cabalgadura del General. El Ministro de Gobierno, Cerdo Rigoletto, aprovecha la crisis para despachar diez mil «ofidios» (pesquisas) que se escurren por Babelandia espionando a los moradores de la ciudad bajo el pretexto de buscar al General y a los secuestradores. Al nivel familiar, Cerdo Rigoletto sufre de un problema que proporciona la oportunidad para satirizar el alto nivel de consumo de la clase adinerada que acompañó al *boom* del petróleo, que se vio en el Ecuador en la década de los setenta. Su esposa come dinero bajo el engaño de estar consumiendo las cosas que se compran con el dinero. El Secretario de Obras Públicas, Plácido Ruedas, pide grandes cantidades de dinero para la construcción de caminos, para mejor aprehender a los secuestradores. Para no quedarse atrás en aprovechar la situación, el Comandante Pánfilo Alas-Rotas, de la Fuerza Aérea, avanza un plan igualmente absurdo de comprar más aviones, mientras el Almirante Río-del-Río insiste en adquirir nuevas lanchas torpederas.

Claro que el dictador Holofernes Verbofilia enfrenta la crisis con un discurso pronunciado desde el balcón del palacio. El entusiasmo del dictador aumenta mientras una muchedumbre crece «espontáneamente» bajo la dirección sigilosa del Ministro del Gobierno:

Por dentro, hervía de gusto. ¡Qué bueno que se había organizado esa manifestación! Seguramente, habían muchos verbofilistas. Y aunque también habrían antiverbofilistas, éstos estarían en minoría absoluta. Cerdo Rigoletto sabía hacer las cosas... En las últimas horas había hecho unas grabaciones fabulosas. Se miró el índice agresivo. Lo flexionó varias veces. Funcionaba a maravilla. Los aditamentos, pues, estaban a su orden: balcón, *cassette* y dedo... Se oyó su voz declamatoria:

—¡Babelandeses! (p. 74).

Todo ecuatoriano o extranjero versado en la historia del Ecuador reconocería la figura caricaturizada del verdadero dictador de los primeros años de la década de los setenta.

Harpagona es la esposa del dictador. El escritor satírico la trata con simpatía generalmente, pero a la vez la utiliza para amplificar la sátira del dictador. De vez en cuando ella desarticula los huesos de su marido esquelético y los guarda en un cofre ornamentado. En una ocasión, Harpagona expresa una opinión que resulta profética para la historia, aunque la narrativa termina de otra manera. Ella está contenta de que se haya secuestrado a Jonás Pitecántropo, Jefe de las Fuerzas Armadas, porque aunque el General es el sostén principal del régimen, ella se da cuenta de que es a la vez el peor enemigo de su marido. En verdad, el dictador del Ecuador cayó por maniobra de los militares; sin embargo, el dictador ficticio de Babelandia cae traicionado por sus ministros y otros colaboradores oportunistas. Ellos, en la hora precisa, se reúnen clandestinamente en el club opulento de los Calapatillos con su dueño, el oligarca Fofó Opíparo. Entre ellos conspiran su propia salvación a costa del régimen y del dictador.

Los secuestradores se conocen como Amautas, nombre anteriormente utilizado por los incas para designar a los sabios, poetas y filósofos del imperio. El nombre sugiere una oposición de fuerzas que trasciende la izquierda y la derecha política, para abarcar el conflicto entre la cultura del oeste y la de América indígena, la cual constituye la antítesis sobresaliente de América a lo largo de su historia y una antítesis que se ha visto antes en la obra de Aguilera Malta. Los Amautas se encuentran acampados en un sitio importante para la mitología americana: el cráter de un volcán. El trasfondo personal de los cuatro miembros del grupo, Fúlgido Estrella, Eneas Roturante, Teófilo Brillo y María, se desarrolla en una línea narrativa aparte, que constituye la segunda mitad de la novela. Las narrativas separadas se reflejan en los niveles de acción y tema: la lucha contra la opresión. Sin embargo, la opresión de la segunda parte es otra, la de un pequeño pueblo de provincia donde el prejuicio, el temor y el egoísmo se difunden e intensifican hasta sofocar el espíritu de todos los moradores. El pueblo se llama Laberinto, «Pueblo de mil vericuetos, fácil entrada, difícil salida, enredadera de estómagos hambrientos y cerebros cautivos» (p. 207). Laberinto es un microcosmos de Babelandia, y la narrativa que trata el pueblo compensa la caricaturización de los personajes de la primera parte de la novela con una caracterización más redonda. Las narraciones separadas también revelan la distinción aguda entre el Ecuador rural y el urbano. En Laberinto, el humor cede paso a

tonos oscuros y aun macabros donde la opresión engendra obsesión y perversión sexual.

Todavía adolescente, María se casa, contra su voluntad, con un viejo rico de la aldea. La unión fue impuesta por la madre de María, con el fin de refrenar los intentos sexuales del padrastro. Inmediatamente después de la boda, se muere el novio anciano, y los beatos del pueblo aprovechan el incidente para declarar un milagro y fomentar un culto a la virginidad de María. Con un entusiasmo entre lascivo y piadoso, los beatos la espían e intrigan contra una relación amorosa que se desarrolla entre María y otro joven, Fúlgido.

El tercer Amauta, Eneas Roturante, es melómano y organista del pueblo. Su afición excesiva a la música es la diversión por la cual puede escapar momentáneamente la maleficencia de Laberinto. Sin embargo, él también cae víctima del pueblo perverso. Un amorío entre Eneas y Ludivina se frustra con la intervención del sacerdote lujurioso del pueblo, el padre Polígamo. La madre ingenua y fanática de Ludivina invita al cura a que frecuente la casa y termina por consentir los avances sexuales del cura hacia su hija. Ludivina se da cuenta después de que su caída no se debe solamente a la complacencia cobarde de su madre, sino también a su propia falta de rebelión contra la opresión bajo el disfraz de autoridad religiosa.

El padre Polígamo sufre una retribución poética, tanto humorística como grotesca, que demuestra metafóricamente los efectos del poder sobre los que lo amontonan y abusan de él. El órgano sexual de Polígamo crece en proporción a su lujuria exagerada. Eneas, en busca de venganza, encuentra al cura y queda atónito al verlo:

A primera vista, destacaba el Miembro. Era ya imposible de llevar. Lo arrastraba, lleno de lazos y rollos, como una manguera contra-incendios. Más que el miembro de un hombre le parecía ver al hombre de un Miembro (p. 172).

Eneas se da cuenta de que el cura recibiría la muerte con todo gusto, pero hay una inmunidad satánica que le protege de una salida tan fácil de su condición absurda. Ya sin ganas de vengarse, Eneas comenta: «Debía resultar horrible estar a merced de un miembro dominante e insaciable» (p. 175).

Teófilo Brillo, «el cura-volcán», es un segundo sacerdote recién llegado a Laberinto. Racial y filosóficamente representa una síntesis de lo europeo y de lo americano: «Brillo era mestizo. Alto y huesudo. Bracilargo. Ojeras profundas. Ojos de cóndor» (p. 111). Practica una religión de orientación

social y representa un sector del clero identificado con la Teología de la Liberación. Inevitablemente, su posición teológica le pone en oposición con su colega conservador, Polígamo. Este identifica al cura recién venido como «loco apóstata», y así incita a los fieles del pueblo a que lo apedreen. Fúlgido y Eneas vienen al rescate de Brillo, pero no logran salvarlo y también mueren bajo el apedreo de los laberínticos intransigentes. Para los tres, sin embargo, la muerte no es definitiva, pues han muerto varias veces antes: «Un día Teófilo naufragó en un río amazónico. Lo devoraron las pirañas, como a sus compañeros de naufragio. Pero a él se le permitió regresar al mundo de los vivos» (p. 112).

Al comenzar la narrativa, Fúlgido echa una larga mirada hacia Babelandia desde el filo del cráter volcánico, mientras la voz del narrador revela la existencia múltiple en varios lugares y momentos, donde sigue la lucha contra las fuerzas perennes del mal:

El Capitán Fúlgido Estrella —en torbellino de sismo sobre aquel volcán cumbre nevada—, contempló a Babelandia. Había cruzado sus armas, desde hacía varias centurias, con las Fuerzas del Mal. O con las que, según él, representábanlas. Siempre en los linderos de «su» mundo. Primero, en la Epoca Prehispánica, contra los usurpadores o imperialistas aborígenes. Después, en la Conquista, enfrentando, con armas primitivas, a los hombres de férrea vestidura, que habían aprisionado rayo y trueno, para arrancar vida y obra de los vencidos. Más tarde en los gloriosos tiempos de la Independencia. ¿Independencia? ¿No, de lejos, los dominaban los Dueños de Nuestra Epoca y, de cerca, los pisoteaban los Verbofilia y los Pitecántropo? ¿Esto quería decir que estaba condenado a guerrear hasta la muerte? ¿Moriría, para su descanso alguna vez? ¿O seguiría muriendo y resucitando, combate tras combate? ¿O le vendría la muerte definitiva con la última victoria? (p. 7).

Fijarse en la yuxtaposición de dos conceptos del tiempo, el cíclico y el lineal, es esencial para el esclarecimiento del tema revolucionario de la novela. Los conceptos distintos del fluir del tiempo reflejan maneras contrastantes de concebir la historia desde dos puntos de vista culturales: el americano indígena y el europeo, respectivamente. Por un lado, la narración representa personajes mortales y una secuencia lineal de incidentes que aluden a verdaderos acontecimientos históricos. Cada uno es un acontecimiento único, y no se sugiere que vuelva a pasar mientras el tiempo progresa en forma lineal. Por otro lado, las vidas de los Amautas y su lucha contra la opresión se repiten inevitablemente en los ciclos de un tiempo que se repite eternamente. Este concepto es el que predomina en la cosmovisión indígena de América. La asociación del tiempo cíclico con

los Amautas acampados en el cráter de un volcán sugiere que la revolución que promueven es la continuación de una lucha anciana y larguísima llevada a cabo a través de los siglos por hombres de armas y de letras a fin de reivindicar los valores culturales andinos. El novelista comparte una preocupación común con los cronistas nativos e insurgentes desde la conquista que han intentado luchar contra la opresión. A lo largo de los siglos, Fúlgido Estrella, el guerrillero perenne, ha esgrimado con las fuerzas del mal, «O con las que, según él, representábanlas. Siempre en los linderos de 'su' mundo» (p. 7). No cabe duda de que el «mundo» referido aquí es una realidad vista desde la perspectiva andina. En un encuentro con Teófilo Brillo, el cura revolucionario, el General Pitecántropo se ve obligado a contemplar el concepto andino del tiempo. Dice el General a Brillo: «¡Usted! Pero usted no existe. Sólo es una leyenda» (p. 112). Brillo intenta aclarar su situación con una explicación que resulta ser una explicación de la existencia recurrente dentro del tiempo cíclico andino: «A veces, la leyenda es más verdadera que la verdad que captan los sentidos. La verdad —mi verdad— es que vivo, muero, y vuelvo a vivir, y vuelvo a morir, y vuelvo a vivir en una rotación constante» (p. 212).

El volcán también tiene un valor simbólico asociado con el tiempo cíclico. Las grandes cumbres nevadas son el producto del tiempo geológico, una extensión temporal tan inmensa que empequeñece la historia del hombre y al hombre mismo con sus nociones presumidas de importancia propia y de permanencia. Semejante a la lucha perenne contra la opresión política y cultural, los volcanes del Ecuador estallan, humean y mueren, pero sólo para volver a estallar en una búsqueda perpetua del equilibrio geológico interno. Igualmente, la lucha por la justicia social sigue volviendo, a pesar de las visiones estrechas de estabilidad y orden impuestas por gobernantes que mandan bajo el engaño de su propia omnipotencia.